

béis muerto en este duro leño. Eterno Padre! pecado hemos ; sí, os hemos ultrajado ; pero ved aquí á vuestro santísimo Hijo que ha satisfecho por nosotros, y os ofrece su vida en sacrificio de expiacion por nuestros crímenes. Aceptád os rogamos esta hostia de placacion, ínterin que poseídos nuestros corazones del mas vivo sentimiento, al par que del arrepentimiento mas amargo, no cesamos de repetir : *Señor mio Jesucristo, etc.*

## DISCURSO

SOBRE

### LA PASION DE N. S. JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

*Vidimus eum... virum dolorum..., et percussum à Deo... propter iniquitates nostras.*

Vimosle... como un hombre de dolores..., herido por la mano de Dios... á causa de nuestras iniquidades.

*Isaias, c. 53. v. 2. al 5.*

Pueblo cristiano, llegado es el gran dia, dia llamado por excelencia de las misericordias y de las venganzas divinas ; dia que Dios habia visto desde el principio de los tiempos, y sobre el cual debia girar el órden invariable de sus eternos designios ; dia de eterna memoria, que debia ofrecer un espectáculo el mas digno para el cielo, un triunfo el mas cumplido para la tierra, una época para siempre célebre en los anales del mundo ; dia en que iba á comenzar en el universo la sorprendente revolucion que no finalizará, sino cuando concluyan los siglos ; dia que los patriarcas habian designado en diversas edades y generaciones ; que los profetas habian anunciado con tanta pompa bajo emblemas misteriosos y magníficas alegorías ; dia que los justos habian apresurado con sus votos, y en pos del cual los penitentes habian lanzado tan ardientes suspiros ; dia en que el cielo, la tierra, el mar, los peñascos, la naturaleza, los seres todos ofrecen un tributo de compasion, un sacrificio de lágrimas y un holocausto de admiracion y asombro, al pre-



senciar los funerales del Hombre-Dios; dia en fin que la Iglesia consagra á acompañar con la compuncion mas profunda á nuestro divino Redentor en el misterio augusto de su pasion acerbísima y de su muerte cruel. Esos velos que enlutan los santos altares; esas antorchas que con su luz lánguida nos recuerdan el pálido semblante de la muerte; esos acentos fúnebres que retienen bajo las bóvedas sagradas de este melancólico recinto; los gemidos, las lágrimas, los suspiros, todo lleva hasta el fondo del alma el enternecimiento y la consternacion, todo anuncia el acontecimiento mas memorable que ha conocido el universo.

Poder de mi Dios! qué golpe tan funesto vas á descargar! Trompetas sagradas que anunciáis á Israel sus festividades y sacrificios, caed de las manos de los sacerdotes y levitas, y despedazáos contra el sagrado pavimento. Y vosotros, ecos de Sion que tantas veces hicisteis resonar los sagrados oráculos, lanzád hondos suspiros y no repitáis sino lamentaciones y lágrimas. Silencio del alma, quebranto del corazon, gritos del amor y de la compasion mas tierna; yo os invoco; á vosotros solos pertenece en este dia el derecho de honrar la muerte y el sacrificio de un Dios salvador.

Cuál es pues mi deber, ó cristianos? ¿Qué podéis esperar de mi ministerio en este momento? Jesus, el nuevo y mas inocente Isaac, es conducido al lugar de la expiacion; su Padre arma su brazo del cuchillo, descarga el golpe, y la víctima es inmolada. Á presencia de este espectáculo, la fe titubea, extravíase la razon, la naturaleza se conmueve, y el hombre pasmado pregunta, cuál puede ser la causa de tan lamentable catástrofe. Y será preciso que yo os la diga? Ah! ¿no escucháis en el fondo de vuestro corazon una voz que grita: pecador, reconoce tu obra, mira tu pecado expiado por un Dios? Sí, católicos, el pecado del hombre y la reparacion del mismo hombre, hé ahí la solucion del mas incomprensible misterio, de la obra maestra de las bondades y misericordias de un Dios.

Venid pues á cubriros de luto con el resto de la naturaleza; venid á agruparos en torno de la cruz y recoger los últimos suspiros de Jesus espirante; venid á reconocer lo grande de vuestros delitos en la grandeza de la víctima que los expía; venid en fin á contemplar á Jesucristo tratado como hombre, sufriendo como Salvador, y muriendo como Dios. Tratado como hom-

bre para expiar la malicia del pecado; hé aquí el mérito de su pasion: sufriendo como Salvador para reparar los desórdenes del pecado; ved ahí el misterio y el prodigio de su pasion: muriendo como Dios para confundir á sus enemigos y á los autores del pecado; y hé aquí su gloria y su triunfo. *O cruz ave, spes unica!*

#### PRIMERA REFLEXION.

El Hijo de Dios no tuvo otro objeto en revestirse de la humana naturaleza, dice san Ambrosio, que el ponerse en estado de expiar los pecados del mundo. Para ejecutar este gran designio, se despoja de toda la brillantez de su gloria, sométese á todas las miserias de la humanidad, y aparece, segun la expresion del Apóstol, como uno de nosotros: *quasi unus ex nobis*. ¡Anonadamiento bien grande por cierto para un Dios! pero siempre realizado en el curso de su vida mortal, por el brillo de sus milagros y por las maravillas de su omnipotencia. Por manera que hasta este momento la Divinidad no habia sido eclipsada por la humanidad; siempre se dejaba ver un Dios por entre los celajes del hombre.

Pero llegó el gran dia, dia por excelencia de la humanidad del Salvador, en el que, como habian anunciado los profetas, debia aparecer como hombre y con todas las debilidades de la humanidad; el dia de la cruz en que, para comenar la grande obra de la expiacion, le vemos tratado como hombre, mas bien como el último de los hombres. Y por quién? Por su Padre y por sus enemigos; por su Padre que le abandona, y por sus enemigos que, no reconociendo límites á su furor, ejercen á la vez contra él el ultraje y la injusticia. Por manera que tanto de parte de Dios como de parte de los hombres, reducido Jesucristo al estado que requería la expiacion de la culpa, que es al tiempo mismo el mayor mal de Dios y del hombre, se presenta á nuestra vista como un varon de dolores: *vidimus eum virum dolorum*.

Jesus pues, tratado como hombre de parte de su eterno Padre; hé ahí la primera degradacion del Hombre-Dios en su pasion y la expiacion primera de la malicia del pecado. En efecto llegó la hora en que su Padre no debia reconocerle por Hijo



suyo. ¡Momento cruel en que debía comenzar aquella lucha sangrienta entre el cielo y la tierra, entre el Padre eterno y su Hijo adorable! ¡Instante fatal en que iba á sonar para Jesus la señal del sacrificio! Ya la noche habia cubierto con su enlutado manto la brillantez del sol, y Jesus separado de sus discípulos, ocupado todo del gran pensamiento de la salud del universo, dirige sus pasos hácia el huerto de las olivas. Vedle cómo entra solo en aquel jardín, primer teatro de sus dolores, en donde debe comenzar su agonía. Atencion, católicos, pues nada hay indiferente, dice san Bernardo, en los pasos del Salvador; todo en esta serie de padecimientos que va á comenzar, parece revestirse de un alma y de un lenguaje á propósito para instruirnos; todo aquí es misterioso y simbólico. Ese jardín al que Jesus encamina sus pasos, no es aquella mansion deliciosa y encantadora en donde el primer hombre, nadando en la abundancia y rebosando felicidad, dió principio al pecado, sumergiendo en la desventura á toda la humanidad: es el huerto en donde el Hombre-Dios viene á destruir el pecado; el jardín de la muerte, en donde deben brotar las primeras raíces del árbol de la cruz, que ha de sustituir á aquel árbol fatal, causa del primer atentado consumado por el primer Adán, y cuya expiacion va á realizar el segundo, Jesus el hijo de María. Vedle pues cuál penetra solo, entregado á sí mismo y á sus ideas en esa mansion del horror, en donde reina el mas profundo silencio, y tinieblas y soledad espantosa. Ángeles tutelares que debéis acompañarle en todos sus caminos, ¿cómo es que no le seguís á ese sitio funesto? Mas qué dije? Los ángeles? No bien ha entrado en el huerto Jesucristo, cuando su propia divinidad parece separarse de él; ocúpale el terror, abandónanle las fuerzas, titubea, sucumbe en fin, y prosternado en presencia de su Padre, pegado con la tierra su semblante, oscurecido su espíritu con las mas trágicas imágenes, oprimido el corazón en fuerza del dolor, con voz apenas perceptible, *Padre mio*, exclama, *si es posible, que se aleje de mí este cáliz*. Qué es esto, católicos? ¿es este por ventura el lenguaje propio de un Dios? ¿es vuestra voz la que escucho, Jesus dulcísimo? Esa voz de trueno, que un día mandaba á la naturaleza y á la muerte, que pronunciaba oráculos y fulminaba anatemas, que habia deslumbrado á la sinagoga, confundido á los fariseos, hecho enmudecer á los sabios y á los filósofos, é instruido á los grandes

y al pueblo; esa voz tan terrible ántes, mírola reducida al lenguaje humillante de la plegaria y de la debilidad? *Si es posible, decís!* ¿Pues quién os ha despojado de vuestra omnipotencia? No sois vos el Dios grande y terrible? Ved ahí, nos dice san Agustín, el nudo misterioso, cuyo desenlace debe explicarnos todo cuanto pudiera escandalizar nuestra razon orgullosa en los padecimientos del Salvador. Jesus siempre era Dios, jamas podia dejar de serlo; mas en su pasion, y sobre todo en este momento, parece despojarse de su divinidad, en fuerza del pacto que habia hecho con su Padre de que, cuando él obrase para la expiacion del pecado, ya no seria mirado sino como un hombre, y hombre de dolores: *virum dolorum*.

¿Y en dónde sino en ese jardín debía abrirse la escena de los dolores de Jesus? Ah! ¿quién será capaz de explicar lo que pasaba en este augusto secreto entre el Padre y el Hijo? El Padre presenta á su Hijo el proyecto de la reconciliacion del mundo: el Hijo, aceptándolo todo, suscribe y ratifica el fallo de muerte que contra él se pronuncia; el Padre ofrece al Hijo el cuadro del mundo en el porvenir; preséntale el diluvio de crímenes y de iniquidades, de cismas y de errores que han de levantarse en la sucesion de los siglos; hácele ver esa Iglesia que se eleva en medio de tantos escándalos, tempestades y persecuciones, siempre fluctuante y agitada, y siempre invencible y victoriosa; ese mundo que debía insultar á su Evangelio; esa muchedumbre de cristianos cobardes y débiles que debian deshonrarle con sus costumbres perversas; todo lo ve Jesus en aquel instante funesto; pero léjos de arredrarse á vista del peso tan enorme que va á caer sobre su cabeza, doblega su cerviz bajo ese mundo de iniquidades, consiente en llevarlas todas sobre sí, y devorado su corazón del fuego del amor hácia los hombres y del deseo de salvarlos á todos, Padre mio, exclama, no rehusó el sacrificio que me pedís, héme aquí, preparado está mi corazón, hágase tu divina voluntad: *fiat voluntas tua*.

Á estas palabras que resonaron en lo mas excelso de los cielos é hicieron estremecer los abismos, el infierno descarga todo su furor contra el Cordero sin tacha. Rásganse las nubes, y aparece un ángel que le presenta la copa de la amargura. Al aspecto de este horrible cáliz, ¡qué movimientos tan rápidos se suceden en el pecho del Salvador! Tiembla, se estremece, su corazón abrevado de angustia se mira hundido en un mar de



afliccion sin igual; la muerte se presenta á su imaginacion con todo el horror que es capaz de infundir; la cruz, las espinas, los clavos, las derrisiones del pueblo, la rabia de sus verdugos, los insultos de los soldados, todos los tormentos se reúnen de consuno para afligir al inocente Jesus; un sudor frio se manifiesta en todos sus miembros palpitantes; la sangre brota de sus venas y se derrama hasta teñir el suelo donde yace en un estado de mortal agonía. Si habla á su Padre, no es escuchado; si se dirige á sus discípulos, duermen profundamente; toda la naturaleza ha enmudecido para el Salvador. Padre justo, ¿habéis acaso olvidado que ese es aquel Hijo vuestro, á quien en el Tabor rodeasteis de los resplandores de vuestra gloria y declarasteis objeto único de vuestras complacencias? ¿Y por qué, ó Padre inexorable, rehusaréis á vuestro Hijo en su dolor el consuelo, que en otro tiempo prodigasteis á los hombres en sus aflicciones? Vos que tantas veces enviasteis vuestros ángeles á vuestros profetas para consolarlos en el desierto, y que no os desdeseñasteis de bajar hasta el muladar, donde yacia el afligido Job, ¿qué es lo que percibís sobre esa montaña de Getsemaní, para de este modo apartar de ella vuestros ojos? Mas, ah católicos, el pecado, el horrible monstruo del pecado es lo único que el Padre eterno mira en su Hijo; no porque lo haya cometido, sino porque ha cargado con toda su responsabilidad, y esto es lo que hace que retire de él toda especie de consuelo y le deje abandonado á los efectos de su eterna justicia. Ved pues ahí pecadores vuestra obra, ved cómo el Hijo del Excelso comienza á expiar en su alma y en su cuerpo los delitos con que mancillasteis vuestra alma, é hicisteis de vuestros cuerpos santificados por el Espíritu santo una cloaca inmundada de corrupcion y hediondez insufrible. Terrible expiacion! Así paga el inocente lo que el culpable había merecido; de este modo apura el cáliz amargo de la afliccion aquel Dios-Hombre, cuyos labios jamas gustaron la encantadora copa, con que Babilonia pérfida nos embriagó del ponzoñoso néctar que nos dió la muerte. Sí, católicos, el hombre apartó sus ojos del cielo, no quiso reconocer á Dios por padre, y por eso ahora su Hijo dilectísimo se mira abandonado en el huerto; no hay para él ni Padre en el cielo, ni justicia sobre la tierra. Dios le trata como un puro hombre, y los hombres... como el mas despreciable de los nacidos de mujer.

¿Veis esa chusma furibunda y amotinada, esa legion de soldados armados que se avanza hácia el huerto á favor del silencio y de las tinieblas de la noche? ¿Y ese monstruo audaz que marcha á la cabeza, quién es? ¿Qué significa ese aire misterioso, ese mirar feroz, esa arrogancia pintada en su frente? Mas él se adelanta hácia Jesus, *Dios te salve*, le dice, y le abraza y le besa y... Pérfido, hipócrita malvado! en vano intentas ocultar tu designio. Jesus penetra el fondo de tu corazon. *Júdas, á qué viniste?* le pregunta en efecto el Salvador: *¿es posible que con un ósculo de paz entregues á tu maestro en manos de sus enemigos?* ¿Es este el premio que reservabas á tu bienhechor en cambio de tantos servicios, de tantas bondades y beneficios?

¿Y qué otra cosa hace, señores, el hombre, cuando abusando de las gracias é inestimables beneficios de su Dios, abrevado con su sangre preciosa y alimentado con su carne sacratísima, se olvida de su bienhechor y le entrega en manos de las mas viles pasiones? Empero apresurémonos á presenciar la suerte que ha de caber á ese Salvador divino, vendido pérfidamente por el discípulo alevé. Ya se avanza tras sus huellas la cohorte infernal, hinchendo pavorosamente los aires con sus gritos y algazara: ya le rodean cual lobos hambrientos de carnicería y de sangre; cual águilas voraces lánzanse á porfía sobre la inocente presa, y le insultan y le golpean, y...; pero advertid como en el mayor abatimiento del hombre se deja ver todo el poderío de un Dios. *A quién buscáis?* pregunta Jesus á aquella horda de bárbaros verdugos: *Quem queritis?* *A Jesus Nazareno*, dicen. *Yo soy*, contesta el Salvador, y á esta voz caen todos en tierra llenos de pavor y cubiertos de estremecimiento; y si Jesucristo hubiese querido desplegar toda la fuerza de su brazo omnipotente, yertos cadáveres hubiesen permanecido sus enemigos en el huerto. Mas no, no era todavía llegado el momento de hacer perfectamente ostensible su divinidad; ántes por el contrario. *Levantáos*, les dice; *hé aquí vuestra hora y el poder de las tinieblas*. Qué expresion, católicos! *la hora del hombre!* hora terrible! momento fatal! instante de horror! ¿Qué pues podrá esperar ya el divino Jesus, sino ser tratado como el mas despreciable de todos los hombres? Ah! miráde cómo es conducido por aquella tropa feroz y bárbara, amarrado como un vil esclavo, rodeado de armas y de soldados, bien así como criminal á quien se ha sorprendido en un delito de estado. Así



entra en la ciudad en medio de la gritería y de los insultos de toda aquella plebe despreciable, y en esta disposicion es arrastrado de tribunal en tribunal, ya á casa de Anas, ya á la de Caifas, ora á la de Pilátos, despues á la de Heródes, y aquí y en todas partes befado, insultado, herido y tratado como el mas despreciable de los hombres. Este le pregunta, qué cosa es la verdad? aquel le interroga acerca de sus discípulos y doctrina; el uno le conjura que declare si él es el Cristo, hijo de Dios vivo; el otro exige que sincere su conducta y se defienda de las acusaciones que contra él hacen llover sus enemigos; y todos á porfía quieren hallar en él un crimen que pueda condenarle. Pero en vano os fatigáis, jueces venales; «su crimen,» dice san Gerónimo, «son los oráculos que ha pronunciado, la ciencia y sabiduría con que os ha confundido, y los prodigios con que ha hecho brillar su divinidad; su crimen es el haber reducido al mas vergonzoso silencio á los fariseos y doctores de la sinagoga, el haber curado á los enfermos, dado vista á los ciegos, y arrancado á los difuntos de la oscuridad del sepulcro; su crimen es Lázaro á quien poco há resucitó; portento que por sí solo bastaba á confundir á los enemigos del Salvador, pues que era una apología viva y palpable de su divinidad.» Hé ahí los grandes crímenes que han sublevado á ese pueblo feroz y bárbaro, excitado la rabia de los escribas y sacerdotes, y conmovido ese furor de sangre y de deicidio que alimentan los corazones pérfidos de esos que pocos dias há le aclamaban el *Bendito que viene en nombre del Señor*. ¿Y ahora le preguntáis si él es el Cristo, y pedís milagros que testifiquen ser él el Hijo de Dios vivo? Así es, católicos; pero Jesucristo no responde á sus importunas cuestiones sino con el mas profundo silencio. Ni os cause extrañeza que Jesus enmudezca, dice el P. san Agustín, él no solamente veía en aquel momento la ciega incredulidad de los judíos y de la sinagoga, la incredulidad de Heródes y de Pilátos, sino que veía tambien esas ruidosas legiones de incrédulos que en los siglos venideros debian levantarse en la Iglesia combatiendo sus milagros, su Evangelio y la divinidad de su Religion. En los grandes de la corte de Heródes contemplaba los grandes de todos los siglos, esos hombres atrevidos que debian citarle un dia al tribunal de su orgullosa ignorancia, afectando deseo de conocer la verdad, para hacer de ella el objeto de sus derrisiones impías. En los doctores de la

sinagoga veía esos falsos sabios, hinchados con una ciencia vana y superficial, que queriendo someterlo todo al juicio de su razon extraviada, se burlan de los milagros y tornan en ridículo cuanto hay de mas santo y venerable en el cristianismo. ¿Qué pues haria el divino Jesus á vista de este porvenir que se le presentaba con tanta claridad? Bien hubiera podido conceder á Heródes el milagro que este le pedia; y acaso este solo prodigio obrado en presencia de una corte tan brillante como la de aquel monarca, le hubiera dado mas esplendor y validole una reputacion mayor que todos cuantos hasta entónces habia hecho delante del pueblo de la Judea; pero esto hubiera sido satisfacer la curiosidad y halagar el orgullo de los grandes y magnates del pueblo; y Jesus venia á revelar sus misterios á los pequeñuelos y humildes, no á los espíritus arrogantes y soberbios. Por eso enmudece, y con este silencio confunde á la vez la malicia de los incrédulos, y les prueba que despues de los milagros tan autorizados que han establecido la Religion, el que aún se atreve á exigir nuevos portentos, no es merecedor de la mas leve respuesta: *et non respondit verbum*. Silencio misterioso de Jesucristo, mas elocuente que todos los discursos; silencio por el que la verdad parece confundida ante la mentira, la inocencia ante la iniquidad, y la sabiduría ante la ignorancia; pero que en la realidad no es sino la prueba mas inequívoca de la verdad, inocencia y sabiduría de un Dios, que permite ser tratado en su humanidad como el mas despreciable de todos los hombres, para enseñar á los hombres á respetar los derechos de la divinidad.

No basta, católicos, que Jesus haya sido juzgado, interrogado y denostado por los hombres. Para que aparezca en toda su extension como verdadero varon de dolores, se hace preciso que sea tambien condenado por el hombre. Y á qué género de suplicio? Angeles del cielo, venid á presenciar el nuevo espectáculo que se desenvuelve á nuestra vista en el pretorio del presidente Pilátos. Ved, cristianos, ved al inocente Jesus despojado de sus vestidos, en la mas ignominiosa desnudez, amarrado á una coluna y rodeado de una muchedumbre de verdugos sedientos de la sangre de esa pura víctima: vedlos con el furor en los ojos, la blasfemia en la boca, el despecho y la rabia en el corazon, armadas sus manos de varas espinosas, de cordeles y aceradas cadenas. Ya comienzan á descargar sobre